

The background of the cover is a marbled paper with swirling patterns of teal, light blue, and brown. At the bottom, there is a photograph of a demolition site, showing a large concrete wall being broken down by a hydraulic excavator. The excavator's arm and bucket are visible on the right side, and the ground is covered in rubble and debris.

# Tan cerca del PARAÍSO

**Cartas en alemán**

**S. V. Moraq**

El autor de *Anhelos opuestos*, el primer libro de la trilogía de novelas históricas, nos remite en esta secuela a las causas y consecuencias de la caída del Muro de Berlín en una trama de amor e intriga.

Bon  
Art





**Tan cerca del paraíso**  
Cartas en alemán

Ramos, Víctor

Tan cerca del paraíso : cartas en alemán / Víctor Ramos. -- Ciudad de México : Bonilla Artigas Editores, 2024

448 pp. ; 15 x 23 cm. -- (BonArt)

ISBN 9786078956135 (impreso)

ISBN 9786078956142 (ePub)

ISBN 9786078956159 (pdf)

I. Novela mexicana -- siglo XXI. t.

LC: PQ7298.15 R

DEWEY: 863.7 R



*Tan cerca del paraíso. Cartas en alemán*

Primera edición: 2024

De la presente edición:

D. R. © 2024, S. V. Moraq

D. R. © 2024, Bonilla Distribución y Edición, S.A. de C.V.

Hermenegildo Galeana #116, Barrio del Niño Jesús,

Tlalpan, 14080, Ciudad de México

[editorial@bonillaartigaseditores.com.mx](mailto:editorial@bonillaartigaseditores.com.mx)

[www.bonillaartigaseditores.com](http://www.bonillaartigaseditores.com)

ISBN: 978-607-8956-13-5 (impreso)

ISBN: 978-607-8956-14-2 (ePub)

ISBN: 978-607-8956-15-9 (pdf)

Cuidado editorial: Bonilla Artigas Editores

Responsable de la edición: Priscila Pacheco

Diseño de portada e interiores: D.C.G. Jocelyn G. Medina

Impreso y hecho en México / Printed in Mexico

Todos los Derechos Reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito de los editores.

S. V. Moraq

**Tan cerca del paraíso**  
Cartas en alemán

**Bon**  
Art  
Ediciones



# Contenido

<b>I. La persecución</b>	11
El señor de los espías	
<b>II. Ella debe llegar</b>	61
Ilusión o persistencia	
<b>III. Un verano desolado</b>	89
Desentramar el pasado. La identidad	
<b>IV. Un fantasma recorre Europa</b>	161
Solo un recuerdo	
<b>V. Las cartas del silencio</b>	223
El regreso. Las puertas se cierran	
<b>VI. El muro de las paradojas</b>	261
El paraíso se desmorona	
<b>VII. La pasión puede vivir dentro de un Diario</b>	317
Historia de dos vidas	
<b>VIII. El hundimiento</b>	395
La última puerta	
<b>IX. Testimonios</b>	415
La duda más allá de lo razonable	





*Nadie debe atentar contra  
la dignidad de un ser humano.*

*Sarah Addison Allen.*



# I

## La persecución

### El señor de los espías

No hay lugares sagrados y no  
sagrados solo hay lugares sa-  
grados y lugares profanados.

Wendell Berry.

—¡Cuidado Maarit!

La voz de Julián se extingue con el estrépito del cristal al estallar, al tiempo que vuelan trozos y astillas. La protege con su cuerpo y la jala hacia una de las paredes del pasillo en tinieblas. Sin poder creerlo, quedan acorralados. No hay por dónde huir. Los esbirros de Fiódor los van a atrapar.



*Julián acababa de lanzar contra un ventanal la banca desvencijada de metal que yacía entre bultos de escombros debajo de una de las bombillas apagadas del corredor. Vio en el trebejo la última esperanza. El ventanal de piso a techo podría ser la vía de escape. La ruptura con la banca no resultó como esperaba. Quedó cerrándoles el paso un hueco irregular con aristas filosas y demasiado estrecho para pasar. Mortales fauces al acecho. En eso se transformó el ventanal.*



La lluvia y los destellos de luces exteriores en la lejanía les hace difícil ver qué hay al otro lado del ventanal roto. El edificio, construido en una colina, tiene desniveles y todavía se encuentran en uno de los pisos altos. Distinguen una cornisa angosta que no saben a dónde conduce. Es incierta la profundidad que tendrían que desafiar. No parece siquiera ser el lado del edificio abandonado por donde habían entrado en la mañana temprano.

Franquean las astillas del quicio. La agilidad de su juventud los aleja de las fauces. Llegan a la cornisa y avanzan en la semioscuridad. Los pies apenas les caben en el borde. De espaldas, se pegan a la pared. El milagro ha ocurrido, la cornisa los lleva a un terraplén.



*En su huida, confundieron cuál era una salida de emergencia que detectaron casualmente en su ingreso al edificio. La buscaban en la planta baja, pero el cubo de la escalera, casi a oscuras, no les permitió ubicarla. Nunca supieron a qué piso los habían subido en contra de su voluntad con los ojos vendados.*



Se precipitan a la terraza medio derruida que vislumbraron al caminar a tientas por la cornisa. Cada segundo desaprovechado los puede aniquilar entregándolos a los captores, quienes, antes de amordazarlos, ya habían mostrado su sadismo.

La noche está cayendo sobre la ciudad de Ginebra, no es la más helada que han vivido en Suiza, pero sí la más siniestra. Sienten el calor de sus manos entrelazadas. A sus espaldas escuchan una cascada de cristalazos. Oyen el chirriar de vidrios triturados por botas pesadas. El crujir de astillas de cristal sobre el suelo hace cobrar mayor presencia a una cercanía ciega, pero que los acosa.

Julián, conociendo la buena condición de Maarit, decide una opción extrema. Con un ademán le indica que, en lugar de seguir de frente varios metros hasta la escalera, salten por un barandal que da a una especie de entrepiso. Cuando se dan cuenta, por ese atajo tienen

que brincar una altura considerable. Julián no lo imaginó tan alto. Salta antes que Maarit. El piso lo recibe con dolor. Sin perder tiempo, ella salta también. En el aire, la toma por el talle. Roza el cuerpo de Maarit, quien también siente el de Julián al bajar apoyándose en sus hombros antes de llegar al suelo. Al lanzarse con rapidez por ahí, como un giro de gacelas antes de perecer, cambian por completo su trayectoria. Así, recuperan algo de la ventaja que les había concedido su inesperada decisión a fugarse:



*La sorprendente noticia que emitió la radio sobre Nixon distrajo a sus captores de la decisión que estaban tomando de separarlos y transferirlos a dos casas de seguridad para liquidarlos. La distracción permitió a los reos segundos de adrenalina para emprender el camino sin retorno.*



En medio de charcos y promontorios de tierra que apenas pueden sortear, siguen corriendo con la incertidumbre de que pueda ser una engañosa ley fuga, tan solo el pretexto para provocar su muerte. La información que poseen es demasiado incómoda para el grupo de espías de Fiódor que opera en Suiza y, por lo tanto, perturbadora para las relaciones entre Suiza y la URSS que inéditamente están tomando el giro de una frágil distensión, muy en consonancia con la cumbre de Helsinki a realizarse en fechas próximas.

Debido al pasto mojado, resbalan varias veces hasta caer. Es la noche del 9 de agosto, el cumpleaños de Maarit. Por primera vez, no lo podrán celebrar.

Para Julián, oriundo del México distante y meridional, era extraña una noche así de fría en pleno verano. No para ella, pues le había contado que, en su Estonia nórdica, aun en la temporada en que el sol dura semanas prácticamente sin ocultarse, suele haber noches veraniegas frías. A decir verdad, se lo dijo poéticamente y omitió mencionar que el sol de medianoche también ocurría en otras partes de la Unión Soviética.

Cuando se vuelven a tomar de la mano, la calidez que esperaban se ha convertido en fría humedad. Sin hablarlo, lo explican por el césped empapado.



*En sus oídos resonaba todavía la noticia de la dimisión de Nixon que les propició la evasión. Tres meses antes, la renuncia de Willy Brandt, de Alemania Federal, también había sacudido al mundo. En esos días, Julián y Maarit, aunque avizoraban tormentas en su propio futuro, preparaban el viaje a Leningrado esperanzados en retomar la tranquilidad de sus vidas. Sin embargo, al final de estos pocos meses sufrirían reveses más duros que en años enteros. Las cosas empeoraban, desde hacía unos minutos, huían de la muerte.*



Siguen descendiendo por la ladera de la colina, la oscuridad que los desorienta, a la vez les protege el rastro. Cada paso es más incierto, pero los aleja del peligro. Una detonación los intimida. De pronto, pueden ver mejor en dónde van a pisar, la penumbra que los rodeaba no se los permitía. Un interruptor ha activado el alumbrado externo del inmueble. La gente de Fiódor piensa que así los cazarán mejor.

Maarit, con las zapatillas en la mano, corre a la par de él, quien la percibe por su transpiración que lo embriaga.



*–Du riechst so gut –le decía Julián al captar el aroma de Maarit cuando hacía ejercicio vigoroso.*

*La inconfundible emanación de ella disparaba los sentidos de Julián fuera de lo racional. Al notarlo turbada le decía:*

*–Ich nehme sofort eine Dusche... quiero irme a duchar.*

*–Aber natürlich nicht –Julián de inmediato replicaba que no.*

*Le fascinaba quedar impregnado en la ropa o en el cuerpo, por horas, con ese aroma peculiar de ella.*



Huyen siguiendo la disposición semicircular del estacionamiento desierto. A lo lejos, en una calle solitaria, ubican el Mazda fuera de las instalaciones del complejo de edificios.



*En la mañana, al llegar y ver los edificios donde los había citado Fiódor, tuvieron la impresión de estar abandonados. Por dentro, estaban en ruinas, salvo dos o tres habitaciones que los del grupo de Fiódor habían habilitado con muebles precarios. Una de ellas la convirtieron en una especie de mazmorra, donde los retuvieron muchas horas sometiéndolos a interrogatorios al borde de la tortura física y psicológica.*



Vadean los últimos charcos. Jadeantes, llegan al Mazda. La calle parece más lóbrega que cuando lo estacionaron con la luz de las primeras horas de la mañana. Maarit y Julián están dispuestos a todo, menos a caer en poder de los agentes de Fiódor.

Escuchan que se encienden los motores de vehículos. Maarit ve bañados en sangre el puño de la camisa y el pantalón de Julián, quien rodea el Mazda y lo aborda. Julián gira la llave del switch. El motor no arranca. Echa un vistazo al marcador de la gasolina. El tanque está casi vacío. Luego de varios intentos, el motor ruge por la sobre revolución.

La lluvia hace la visibilidad casi nula. Lo primero es alejarse de ese suburbio. En el volante percibe la extrema velocidad como un vértigo que lo hundiera en el torbellino de un túnel.

–¡Rayos! –frena bruscamente.

Tras el enfrenón, rodea el camión que se había atravesado. Desemboca en una avenida, vira para alejarse de los edificios donde los tenía Fiódor. Reconoce la calle, podría ser la de Nant-d'avril.



Ambos se encuentran demasiado agitados. Apenas si pueden discurrir los pensamientos sin organizarlos, menos aún traducirlos en palabras coherentes para compartirlos.

–Estoy herida –dice Maarit con voz apenas audible.

–¿Tú también? –le pregunta Julián al tiempo que mueve la palanca para cambiar de velocidad. Roza la falda de Maarit. Cree percibir sangre.

–¿Estás lastimada de la pierna? –musita, sin querer alarmarla.

–No lo sé –titubea.

–¿Dónde te duele?

–No siento ninguna molestia, pero tengo sangre en la mano... en la ropa... y la tuya también está ensangrentada.

–Ah, entonces soy yo –una punzada en la mano lo regresa al momento en que se descubrió la lesión:



*Todavía jadeante, metió la llave en la cerradura para abrir la portezuela del Mazda y vio que la uña del pulgar se le estaba desprendiendo. Con la urgencia de abordar el auto no pudo prestarle atención. Entonces el dolor era menos agudo...*



–Mira –le muestra la carne viva sangrando al blandearse la uña.

–¡Ouch! –Maarit exclama asustada. Luego entona la voz, cariñosa– mi amor...

–No sé en qué momento me lo hice...

–Pudo ser cuando pasamos por los filos...

–O cuando salimos al laberinto de espejos en el vestíbulo y buscaba la puerta tanteando la pared, algunos espejos estaban rotos... –se interrumpe por el dolor.

–Mein Schatz –sufre como si ella fuera la que estuviera herida. Solícita lo asiste con su pañuelo– mein Liebling, te debe doler.

–No te preocupes –Julián la tranquiliza esforzándose por reprimir el malestar.

Ambos se decían “Liebling” o “Schatz”, en alemán mi amor; o “Schätzli” la modalidad suiza de amorcito. Maarit, más serena, empieza a comprender qué rumbo está tomando Julián. Entiende que va a evadir el centro de la ciudad que podría tener calles más congestionadas. Se están alejando de la frontera con Francia que está muy cerca de donde los tenían secuestrados. Francia rodea prácticamente a la ciudad de Ginebra, con excepción del lado noreste. En esos momentos no pueden escapar de Suiza, los papeles de Maarit los retiene Fiódor. Julián tal vez quiere escapar por el flanco noreste y tomar la autopista número uno que pasa por el aeropuerto de Cointrin, para ir a su departamento de Zúrich.



*La autopista número uno fue por la que habían llegado en la mañana cuando venían del chalet del Jura, después de regresar del viaje a Leningrado.*



Mientras, Julián piensa en buscar un destino seguro:

[¿A dónde ir? No a Zúrich. Nos podrían encontrar fácilmente en mi departamento]

Por los acontecimientos, Julián está convencido de que Maarit se verá obligada a defecionar de la Unión Soviética, lo cual no es sencillo, considerando que sus padres viven en Estonia, además, es hija única.

Julián no podía leer el nombre de las calles por la velocidad y le pide:

–Schätzli, tenemos que salir de esta zona. Fíjate si vamos por una calle paralela a la que veníamos esta mañana. Me dices en cuál nos salimos...

–Vamos por Nant-d’avril –lee un letrero, en medio de la lluvia que arrecia– te aviso cuando podamos virar para entroncar con la Avenida de Meyran que es la que conduce al CERN y nos va a sacar de estos rumbos.



*Maarit, al mencionar el CERN se refería al acelerador de la Organización Europea para la Investigación Nuclear con sede en Meyran, la comuna municipal ginebrina que estaban atravesando. En 1969, hacía cinco inviernos, el ETH, Instituto Tecnológico de la Federación Suiza, donde estudiaba Julián, fue invitado por el CERN a participar en la investigación más ambiciosa hasta el momento en materia de partículas subatómicas.*

*El profesor Fink, jefe del laboratorio envió a Ulrich, un experimentado físico alemán; Urs, un ingeniero maestro en electrónica; Konrad, un avezado matemático; Biggi, una ingeniera química, y a Julián, quien al igual que la ingeniera hacía su doctorado, ambos se especializaban en superconductores.*

*El joven equipo del ETH al llegar a Ginebra participó con científicos de otros países en los cálculos de construcción y puesta en marcha de una bobina superconductora gigante que se estaba montando en el CERN en una caverna circular de decenas de kilómetros a más de cien metros de profundidad. El mayor segmento de la circunferencia se encontraba en territorio francés.*

*Julián empezaba sus estudios de posgrado en el ETH, recién llegado en calidad de exiliado político. El gobierno de la Federación Helvética lo había recibido a petición del Partido Social Demócrata Suizo al que habían contactado amigos de Julián para sacarlo de Lecumberri, donde estaba encarcelado por la represión al movimiento del 68 en México.*



En el instante en que Maarit pronuncia CERN, impactan la memoria de Julián recuerdos como si fueran millones de micropartículas que lo trasladan a velocidades de relámpago a aquellos días cuando trabajó en el acelerador atómico. Maldice, sin proferir sonido alguno:

[¡El sudanés! Verdamnte Scheisse!]

Por esa época, ocurrió el confuso incidente del africano. Quizá meras sospechas, no obstante, las habría querido sepultar en el túnel del CERN a cientos de metros de profundidad y no volverlas a recordar jamás.

La voz de Maarit lo regresa al momento que están viviendo.

–¡Sí!, acabo de ver la torre iluminada de la iglesia de Meyran –exclama Maarit al distinguir a lo lejos la antigua abadía católica en la Ginebra protestante.

–¿Te acuerdas cuando venías al CERN? –lo vuelve a meter en recuerdos, que parecen opacar el dolor de la herida.

–Julián, en la calle del semáforo tienes que girar a la izquierda – la voz de Maarit le resulta distinta, lejana como nunca. Como si estuviera afuera, ingrávida, en las alturas y él en lo más profundo del túnel.

–¡Aquí, gira aquí!

No percibe a tiempo la señal apresurada de Maarit para virar.

–Julián, te dije en el semáforo. ¡Ya te pasaste y, además, con la luz roja! –disgustada, hace una pausa obligada para recalcular la ruta– Ahora tendremos que dar vuelta hasta la calle de las vías.

–Una vez que vayamos por la Avenida de Meyran –continúa Maarit todavía molesta– debemos continuar hasta la autopista uno, la del aeropuerto.

Esa avenida prácticamente colinda con una de las cabeceras de las pistas del aeropuerto. Maarit, ajena al desastre que abruma la mente de Julián, ve su mano ensangrentada e insiste, con un tono muy dulce:

–Mein Schatz, envuélvete el dedo con el pañuelo para contener la hemorragia.

–Te repito, ¡no es nada! –responde enfadado, más por los recuerdos que le rasgan las entrañas, que por el dolor de la herida en la piel. El tono de su voz lastima a Maarit, quien interpreta la insólita brusquedad de su amado como consecuencia de lo presionados que se encuentran. Julián se arrepiente y trata de ser más comedido, suaviza el tono:

–Ya está disminuyendo el dolor, Schätzli.

Se concentran en delinear un plan de escape. Coinciden en descartar Zúrich. Necesitan encontrar un refugio seguro. En vez de pasar por el departamento de Julián para recoger algunas cosas necesarias y dinero, deciden ir directamente a “su” chalet, como le dicen al que le alquilan a Monsieur Pregny en los bosques del Jura, una especie de edén para ellos, donde vivieron grandes momentos.

–Sí, ése será nuestro objetivo, unser kleines Nest... –afirma Maarit. Está de acuerdo en ir a refugiarse a su pequeño nido en medio de las montañas. Súbitamente se interrumpe:

–¿Ya viste? –casi gritando, señala el marcador de gasolina.



*El propósito de Julián era cargar combustible antes de encontrarse con Fiódor. Tuvo problemas: una estación estaba cerrada y a otras dos se les había agotado la gasolina, como lo anunciaban sendos letreros para prevenir a los usuarios. Lo tranquilizó que se trataba de algo meramente casual que no tenía nada que ver con los problemas que sufrieron para comprar gasolina el año anterior. La crisis de la OPEP había provocado medidas de racionamiento de combustible en Europa que ya habían terminado en Suiza. Por lo que no se sintió en una situación de apremio.*

–No tenemos ni la reserva completa –añade intranquila.

–Vamos a encontrar una estación –le responde con voz serena, convencido de la urgencia de abastecerse.

–La aguja engaña desde donde la estás viendo –agrega para tranquilizarla– en realidad, todavía no estamos consumiendo la reserva.



*Esa mañana, dirigiéndose a la cita con Fiódor, no imaginaban que el encuentro iba a durar tanto, concluir tan mal y que se iban a meter en el peor predicamento imaginable: en el caso de encontrar una estación abierta y con gasolina, decidir hacer una escala y exponerse a ser capturados o seguir y quedar varados en cualquier momento.*

*Ignoraban si podrían arreglárselas para abandonar Suiza y luego, de algún modo, viajar a México. Sería ilegalmente, ya que Maarit no contaba con documentos. Václav, un compañero del ETH que huyó de Checoslovaquia por la invasión soviética, hacía tiempo, les había ofrecido contactar a disidentes en Francia a fin de adquirir documentación para Maarit, pero en aquel entonces ni Julián ni Maarit quisieron infringir la ley y valerse de documentos falsos. En la mañana temprano lo habían querido contactar, sin éxito, para explorar esa solución.*

–¡Demonios!

Antes de que puedan afinar el plan, las cosas se complican. Julián ve por el espejo retrovisor cómo se acerca a toda velocidad un vehículo rojo, probablemente un Peugeot. Señalándolo, le advierte a Maarit:

–Nos están alcanzando.

Julián intenta no perder la calma. No puede dejar de pensar en la aguja del marcador de gasolina.

–Tenemos que ocultarles a estos tipos nuestras verdaderas intenciones, que es dirigirnos hacia el noreste, hacia el Jura –a Maarit se le ocurre una idea para engañar a sus perseguidores– hay que hacerles pensar que queremos enfilar a un rumbo distinto... creo que te heriste cuando agarraste la banca para arrojarla contra el ventanal.

–Ya no pienses en eso. Como dices, nos dirigiremos en la dirección opuesta, hacia el sur de la ciudad, como si fuéramos a Grenoble y luego a Marsella que sería el trayecto más adecuado para embarcarnos sin documentos en el Mediterráneo, viéndolo bien tendría sentido hacerlos creer que queremos escapar por ahí –Julián delinea la segunda parte de la ruta de escape.

–Además, Fiódor me instruyó en cierta ocasión que, en un caso desesperado, podía encontrar refugio por esos rumbos, en Barcelonnette, donde hay una comunidad de mexicanos.

A Maarit le causó extrañeza la existencia de tal comunidad de mexicanos, al igual que se la había causado a Julián hasta que supo la curiosa historia, que no la tendría que compartir todavía con Maarit.

Aunque intuían que cierta parte del trabajo de ambos tenía que ver con el espionaje, nunca habían intercambiado comentarios al respecto y mucho menos datos de sus respectivas actividades.

–Tenemos que cruzar el Ródano en dirección al sur, hacia Eaux Vives... –se concentran en el plan de cómo simular un derrotero creíble.

Ambos conocen los puentes que cruzan el Ródano en la zona urbana ginebrina y sus cercanías, solo dos les pueden servir en este momento. El largo tiempo que Julián lleva visitando a Maarit en Ginebra para pasar fines de semana juntos, además de las semanas de trabajo en el CERN, los hacen conocer los alrededores de la capital del cantón más cosmopolita de Suiza. En plena emergencia, esa prolongada estancia en Ginebra les permite evaluar las opciones para moverse por la ciudad y sus alrededores, aunque el tanque, casi vacío, les prohíbe dar amplios rodeos.

Pisa el acelerador a fondo, pero a pesar de la velocidad a la que está forzando al Mazda, ve en el espejo que el Peugeot les sigue ganando terreno, incontenible. No puede permitir que los alcance. Ya resienten la vibración y el ruido del motor, la aguja del tacómetro se interna en la zona roja.

Las alternativas que se le ocurren para perder a sus perseguidores, los harían cruzar sectores de la ciudad con más tránsito. No quiere correr el riesgo de volver a pararse como cuando se le atravesó el camión. Unas cuadras adelante ven que los vehículos se están deteniendo por una luz en rojo. Nota los latidos en las sienes. Le dice a Maarit:

–¡Sostente!

Ya no tiene ángulo para escapar doblando a la derecha. A pesar de todo lo logra intempestivamente, mediante una maniobra jalando a fondo el freno de mano, sin tocar el pedal del freno. Solo quita el pie del acelerador en las fracciones de segundo en que hace el cambio a primera. El sobre viraje del Mazda lo interrumpe con el volante justo para entrar barriéndose de lado por la callecita que, además, es estrecha, no sin subirse a la banqueta y arrollar alguna de las bicicletas reclinadas sobre un muro.

–¡Uf! –exclama reprimiendo un gruñido de dolor, pues se hace daño en la herida con las maniobras que realiza. Recuperado de la punzada y ya en el arroyo de la callejuela, acelera a fondo, tanto que cree haber perdido al coche rojo, que ya no ve por el retrovisor...

–¡Julián! –grita Maarit, al tiempo que se aferra al asiento, previéndolo cuando, por una calle lateral, sale otro vehículo con el propósito de embestirlos.



*Más por reflejo que por decisión consciente, Julián apenas pudo librarlo, metiéndose en una calle diagonal. Aquel auto, falló la embestida, venía con los fanales apagados, su silueta inconfundible lo delató, era un Volga soviético. Parecía que había salido del averno. El vehículo ruso, giró en redondo para sumarse a la persecución.*



El Volga intenta emparejarlo, su construcción es robusta y de suspensión notoriamente alta. Julián ve la carrocería del auto ruso con abolladuras. Nuevamente hace rechinar las llantas del Mazda al virar de improviso, para retomar la Avenida de Meyran con lo que deja atrás al Volga. Los daños en la carrocería del Volga negro le indican a Julián que sus perseguidores también están dispuestos a todo, menos permitirles escapar.

En un par de cuerdas, aparece otro vehículo en el retrovisor del lado derecho, un Mercedes de color oscuro.

Tal vez la adrenalina hace que Julián sienta los músculos diestros, se le agudiza el oído y la profundidad visual, no así el campo de visión que lo percibe reducido.

*Anatoly, otro de los de Fiódor, en los tiempos en que estaba en buenas relaciones con los espías, lo sometió durante semanas en las explanadas cercanas al poblado de Flawil, entre Zúrich y Sankt Gallen a lo que llamó курсы вождения в экстремальных ситуациях, adiestramiento para conducir autos en condiciones extremas.*

Por paradójico que le pareciera, esas tácticas y trucos le estaban sirviendo precisamente para enfrentar a los sicarios que el jefe de los espías soviéticos ha enviado para atraparlos.

Aunque Maarit no quiere voltear, le es imposible no percibir cómo los tipos que van a bordo del Mercedes, empuñando armas, hacen señas amenazantes para que frenen.

–Tengo miedo, Julián. Esos hombres... parecen poseídos por un amok, dispuestos a aniquilarnos.

Julián desconoce la palabra:

[No sé qué es eso de Amok]

–Schätzli –responde con determinación– todo tiene que salir bien. Te juro que voy a liberarte de esta persecución por infernal que sea. No se atreve a decirle cómo la aguja del marcador de gasolina se desplaza lenta, pero inexorablemente hacia el cero absoluto del tanque.



A la primera oportunidad, gira repentinamente para perder a sus perseguidores y se mete en sentido contrario por una calle estrecha. Ante aquella inesperada maniobra, el Mercedes no tiene tiempo de girar limpiamente y al frenar, derrapa en un doble trompo que, totalmente fuera de control, lo estrella contra un kiosco de periódicos al que derriba con estrépito. Julián ve por el espejo un flamazo. No tardan en sentir su onda expansiva y el calor que por segundos los rebasa; luego los envuelve el estruendo de la explosión. Un fragor sofocado, sordo.

Vuelve a aparecer el Peugeot rojo. El acoso parece no tener fin, la mortal persecución turba las calles de la ciudad, proverbialmente tranquila. Julián, antes de llegar a Eaux Vives, los pierde por unos momentos. Nadie sabe por cuántos...

Julián busca por el retrovisor si sus perseguidores vuelven a aparecer. Delinea una variante al plan original, se lo trata de comunicar a Maarit, pero lo interrumpe:

–Liebling, debo curarte esa herida– insiste obsesiva.

–Olvídate de eso, por favor. Nos va a ser muy difícil perderlos definitivamente. Es probable que los estén dirigiendo desde un centro de comunicación. Como tenemos el problema de tu pasaporte, no podemos ir a la policía ni cruzar la frontera con Francia.

–Nuestro destino tiene que seguir siendo el chalet –Maarit no lo deja continuar– ya casi no tenemos gasolina.

–Por lo de la gasolina, acuérdate de que la reserva del Mazda es enorme –le cuesta trabajo decirlo sin inquietarse.

–¿Cómo vas a alejarlos de esa salida de Ginebra? Es imposible.

–Por eso no te preocupes. Esa etapa del plan sigue igual. Acabamos de cruzar el Ródano. Vamos rumbo a Grenoble –los enfrenones que da y los virajes le impiden comunicar la variante del plan. Por fin, puede continuar.

–Estamos ya en Eaux Vives. Voy a tomar el Boulevard Helvétique. En lugar de seguir de frente, voy a virar en la primera callecita y voy a pretender que enfilo hacia el sur, ahí tendremos que separarnos...

–¡No, Julián! –Maarit se siente desamparada.

–Ya lo tengo, mira, ¿recuerdas la iglesita de la calle Hodler?

–No me importa qué iglesia es.

–Créeme, todo va a salir bien. Es la que está cerca de la Place de la Madeleine, a una calle de la universidad.

–Te digo que no. No debemos separarnos jamás –conoce bien la ubicación, pero su tono de voz denota que no quiere aceptar el plan.

–En la esquina de esa iglesia es precisamente en donde voy a entrar en sentido contrario por la calle de Jean Calvin, luego me voy a meter por la callejuela de atrás...

–Ésa es solo peatonal...

–No tendré más remedio que hacerlo. Al dar vuelta, como el giro será muy cerrado, voy a tener que frenar y entonces, aprovecharás para descender. Ahí la banqueta es angosta, donde bajas, la podrás cruzar rápidamente. Te vas a ocultar en el quicio del portón frente al que me detenga, esperas a ver pasar los autos persiguiéndome.

–No Julián, ¡no quiero! –se niega a aceptar ese plan que juzga descabellado.

–Cuando estés segura de que han pasado... –Julián continúa, a pesar de que también para él resulta dolorosa la separación.

–Todavía esperas hasta cerciorarte que no falta ningún vehículo que se haya añadido a la persecución. Vas al sitio de taxis que está en la Universidad a una cuadra de ahí. La oscuridad de la noche nos ayudará, más aún si sigue lloviendo. Para nosotros será la bendición de la bella anciana Myrta.

*Recordó el barco de Creta, cuando un temporal les hizo temer el naufragio.*

–Por lo que más quieras Schätzli convéncete. Te tengo que liberar de este infierno. Los de Fiódor no podrán saber que voy solo –ve que mueve la cabeza en señal de desaprobación, quiere que se mantengan juntos a toda costa. Pero Julián piensa:

[Si Schätzli baja del auto, seguro queda a salvo]

–A esta hora salen estudiantes por todos lados –sufrir por la renuencia de Maarit, pero es la única forma de librarla de la cacería.

–Siempre hay taxis haciendo fila en espera de pasajeros. Le pides al conductor que te lleve al chalet. Con estos francos llegaríamos

hasta Estonia –después de la broma involuntaria de llegar a Estonia, le alarga un fajo de billetes suizos.

–Julián... –Maarit intenta persuadirlo de no separarse. Ni siquiera acepta el dinero. Julián tiene que meterlo en la bolsa de la gabardina que le indica ponerse.

La persecución prosigue implacable. El Peugeot acorta la distancia y todavía falta un buen trecho para entroncar con el Boulevard Helvétique y ver realizados sus planes. Los perseguidores están cada vez más cerca. El copiloto asoma un arma. El semáforo en luz preventiva está a punto de ponerse en rojo. Julián acelera, no está dispuesto a detenerse. Alerta a Maarit:

–Agáchate –no le dice por qué. Le toma la cabeza por la nuca para ayudarla en el movimiento que debe hacer para protegerse. Solo espera el disparo de un arma de alto calibre. Escuchan un estruendo. Instintivamente también se agacha, lo que permite a Maarit flexionarse aún más. No percibe que el Mazda haya sido impactado por el primer disparo.



*El estruendo que escucharon fue del Peugeot que, en su enloquecida persecución, no respetó la luz roja y se estrelló contra una camioneta de carga, que cruzaba en la bocacalle en su pleno derecho ya con la luz verde. Julián ya no vio el auto rojo de los rusos, solo la camioneta volcada sobre la acera, echando una fumarola de polvo o humo.*

*Le narró a Maarit parte de lo ocurrido, sin mencionarle lo del arma del que los tuvo en la mira. Ella no mostró ningún alivio. Al contrario, su insistencia en que no se separaran, se convirtió en un absoluto rechazo al plan de Julián. Sollozaba, pero Julián no podía encontrar otra forma de salvarla.*



Siguiendo su plan, gira y entra barriéndose a la callecita con la técnica de Anatoly. En el retrovisor no detecta ningún vehículo. Busca en qué portal sin luminaria detenerse para que Maarit pueda descender protegida por la oscuridad y culminar el plan de liberarla de la persecución.

Mas no contaba con que, precisamente en esa callecita, la de Jean Calvin, donde pretendía perderlos, está dando vuelta en la otra esquina, un vehículo blanco acercándose a velocidad, que por lo visto se ha añadido a la cacería e imposibilita que Maarit descienda. El auto recién aparecido va en trayectoria directa de colisión frontal contra el Mazda, se mantiene en medio de la calle sin ceder ni un ápice. Julián aprecia hasta los detalles del radiador, la parrilla muestra la inconfundible moldura diagonal de un Volvo. Acciona a fondo el freno de mano con el truco de Anatoly, gira en redondo.

Antes de que siquiera piense en acelerar, el Volga negro aparece llegando desde la otra esquina, por donde había entrado Julián. El auto ruso gira aparatosamente para atravesarse a lo ancho de la calle. Julián lo esquiva y se detiene en seco, no sin antes subirse al filo de la banqueta. Mueve la palanca para dar marcha en reversa, pero el Volvo, que se acerca cierra la ruta de huida por detrás. El Volga, en acecho, permanece con las luces apagadas.

*Definitivamente la idea de hacer descender a Maarit con el viraje cerrado al entrar en la callecita de Jean Calvin no funcionó. Han quedado atrapados entre los dos vehículos:*

–Julián, es inútil... –Maarit apenas puede articular, se suelta a llorar. Luego, habla entrecortada por el llanto – estamos perdidos.

Julián, sin decir palabra, tiene que compartir la misma sentencia de desahucio. Hubiera querido vivir él solo ese último momento, cuando ya no hay nada que hacer. Lo que no quería es que Maarit estuviera también ahí.

Escuchan portezuelas, voces y exclamaciones violentas. Los tipos descienden de los vehículos. La hora ha llegado. Maarit deja de llorar.

Golpes de gotas de la lluvia sobre el toldo del Mazda irrumpen demasiado cerca. La exigua luz de alguna farola distante y el cristal semiempañado por dentro no les permite ver si han desenfundado las armas.



*En la mazmorra, donde los secuestraron, ya habían visto que los secuaces tenían las armas listas en espera de la orden. Hacía minutos, desde el Peugeot les apuntaban.*



Entre las columnas de agua que crean las gotas de lluvia al escurrir sobre el parabrisas, se distinguen contornos distorsionados que no acaban de cobrar aspecto humano. La cacería ha terminado. El final se acerca con los pasos de las siluetas que se convertirán en sus verdugos. Las ventanillas cerradas del Mazda no los protegen de escuchar un chasquido rasgando el silencio que los enfrenta a la muerte.

[¿Habrán cortado cartucho?  
¿Aquí mismo nos ultimarán?]

No puede compartir sus pensamientos con Maarit. Imagina cómo lo someten con rudeza y en medio de un tropel de cuerpos, forcejeos y golpes, le arrebatan a Maarit. El vigor de sus brazos cuando arrojó la banca para romper el ventanal o para sostener a Maarit cuando saltó de la terraza, ese vigor le hace cobrar aliento. Su desventaja patética en lugar de avasallarlo le impone la voluntad de intentar lo imposible e impedir una atrocidad.



*Fiódor sentenció tajante con su estilo brutal: en su organización no hay retiro y la desertión recibe el castigo máximo. Los fanáticos lo interpretarían con fidelidad antes de la fuga de los cautivos:*

*–Para los traidores solo hay un camino...*



Para los verdugos que se acercan, Maarit y Julián eso son: traidores. Las sombras que se aproximan, más que una fraternidad de espías, les parecen una sociedad de fanáticos. El castigo está a punto de cumplirse. No hay salida ni a quién pedir auxilio. Todo ha terminado.

Se despiden con un abrazo, donde sus cuerpos cálidos son uno solo en medio de la noche helada. Un beso sella su despedida.

Julián vuelve a ver determinación en la profundidad de los ojos de Maarit, al igual como en la mazmorra, hacía unas horas. Tiene que haber algo que encare al poder siniestro. No es posible que su juventud se extinga ahí. Al salir al laberinto de espejos Maarit creyó en él. Ahora, ante lo inminente, la mirada de Schätzli le dice que tiene que haber un cómo...

De súbito, aparecen por ambos costados los del Volvo con rapidez de comando. Los reos abrazados oyen con aterradora cercanía que les ordenan en ruso apagar el motor y bajar de inmediato. Ven la mano de un verdugo. Empuña una pistola oscura con la que golpea el cristal de la ventanilla exigiéndoles que desciendan, la otra mano rompe la última distancia que los alejaba del fin, y jala violento la manija de la portezuela del Mazda...

El brusco crepitar metálico de la manija lo sienten tan próximo como si hubiera herido su propio cuerpo. Lo intolerable del asedio dispara algo en la mente de Julián, que lo obliga a una insensatez. En medio del Volga negro, del Volvo y de los tipos que los rodean: pisa el acelerador a fondo. Arranca desde cero en reversa, los neumáticos chirrian para subirse a la banqueta y escapar atravesando por el único resquicio por inimaginable que pareciera. Esquiva por milímetros al Volvo. Trepado en la acera se guía por el espejo retrovisor. Algo golpea la suspensión y sienten un impacto que cimbra al Mazda. Ruega que lo que haya sido le permita continuar. No sabe qué fue, pero el golpe es de tal fuerza que abre la tercera portezuela del Mazda o escotilla trasera como él le llamaba.

La apertura accidental de la escotilla y quedar levantada causa desconcierto en todos, menos en Julián que controla el Mazda en reversa siguiendo lo que adivina como el filo de la banqueta. La escotilla abierta luce grotesca apuntando al cielo y le reduce la visión en el retrovisor. Tiene que abandonar ese espejo y para guiarse se encarama con el brazo sobre el respaldo. Así puede ver mejor hacia atrás. Una bocanada de lluvia y viento helado entra con una dureza desconocida por la escotilla trasera abierta. Así, de reversa, gira en la bocacalle. La sacudida del trompo y el golpe al caer de la banqueta al arroyo para